



CAPÍTULO 1

Memoria

*Todo a su alrededor se convirtió en esos ojos color miel
que lo habían atravesado con su mirada interminable.*

BUENOS AIRES, MAYO DE 2014

“**R***equiescant in pace*”; una vez más sus ojos leyeron esa frase tallada en la piedra sobre las cuatro columnas, a la entrada del Cementerio de la Recoleta. Como si esas palabras garantizaran la paz y el descanso de quienes yacían allí. No había grupos de turistas, quizá por el clima. Le costaba entender que hubiera personas que contrataran una visita guiada a un lugar que solo era, en definitiva, la suma de metros cuadrados de muerte, de historias truncadas, de esculturas creadas con fantasmas de felicidad, de leyendas y mitos urbanos. Caminó hasta ingresar, ignorando que solo algunos minutos lo separaban de un encuentro que pondría frente a su destino la posibilidad de descubrir que el amor podía esconderse en la quietud simbólica del tiempo.

Sin observar con detenimiento su entorno, se dirigió directamente al sector donde descansaban los restos de su amigo. El aire que respiraba era gris, tan gris como el olvido y la ausencia. Las gotas de una lluvia molesta que no alcanzaba a ser intensa golpeaban contra su

rostro provocándole fastidio. Estaba de mal humor. Enojado con la vida. La llamada de su madre lo había obligado a dejar Roma y regresar a Buenos Aires, peor aún que eso, había roto en mil pedazos su proyecto.

Mientras mentalmente vagaba entre lo correcto y sus ganas, que en nada coincidían, miró las bóvedas; solo veía la dureza de la piedra y la asimilaba a su presente. Vio puertas cerradas y pérdida a su alrededor. Ángeles caídos y salvadores muertos llenaban los espacios de silencio. Mausoleos que ostentaban poder cuando ya no servía para nada. Siempre le había parecido ridículo el lujo después del final. Sintió que ese escenario era igual al que le deparaba su futuro: solitario, vacío, pesimista; con una fuerte dosis de injusticia flotando en el aire. Estaba cansado y todavía no había enfrentado ni un tramo del difícil camino que esperaba por él. Aunque siempre había sido un hombre equilibrado, no lograba conciliar sus sentimientos con su suerte. Continuó andando el trayecto sumido en lo que la energía de ese lugar le transmitía. Su amigo, desde algún lugar de la eternidad, quizá pudiera ofrecerle la paz que necesitaba para asumir su rol y tomar decisiones. Le pareció escucharlo diciéndole que viera más allá de su enojo. Lo atribuyó a su necesidad de oírlo. A pesar de los siete años transcurridos desde su muerte, lo seguía extrañando.

De manera inesperada, su corazón aceleró los latidos y en un acto instintivo levantó la mirada. A corta distancia, sin ser visto, observó a una mujer que dejaba un ramo de rosas blancas en la tumba de Erik. El cabello castaño caía sobre sus hombros, vestía jeans y botas altas. Una campera de cuero clara y un pañuelo en tonos de rojo rodeaba su cuello. Era hermosa, sintió que era diferente. ¿Quién era? ¿Cómo era posible que alguien irrumpiera en su mente en un momento como ese? Continuó mirándola sin comprender por qué lo hacía, inmóvil y sin permitir ser descubierto. Lo atraía, no podía evitarlo. Algo inexplicable

se agitaba en su interior. Todos sus pensamientos se perdieron frente a la imagen. Era como mirar el sol de frente, lo encandilaba de una manera invasiva y placentera. *¿Quién es?*, se preguntaba. De pronto, los movimientos de ella le gritaron su nombre. La mujer se sentó frente a la sepultura, abrazó sus rodillas y miró al cielo. Imaginó sus lágrimas y entonces lo supo, su memoria se lo dijo. Lo que pudo no haber ocurrido nunca estaba sucediendo ahora. El pasado le gritaba la oportunidad detenida en ese tiempo en el que había quedado atrapada la ilusión de un amor intenso que no fue. La vida había hecho camino en su destino y él, sin darse cuenta, había creído olvidar los detalles. Eliseo estaba superado por la confusión, pero aun así no podía evitar sentirse ansioso, inquieto, hasta algo feliz, si eso era posible. Ella estaba allí, era un pendiente en su agenda emocional. Un recuerdo de esos que dejan el sabor de la inocencia y los sueños jóvenes. Ya no era el mismo chico de veinte años que no había sabido enfrentar sus sentimientos. Lo poco que sabía de ella no detuvo sus sensaciones. Tuvo deseos de acercarse y hablarle, hubiera querido volver el tiempo atrás, pero en lugar de eso siguió mirándola, descubriendo su nostalgia y compartió, sin ella saberlo, la mirada al mismo cielo. Sorpresivamente el sol salió y dibujó un arcoíris en el lugar donde la lluvia devoraba los sueños.

Era Ana, su dulce y espontánea Ana, la hermana de Erik. Cuando ella abrazó sus rodillas y miró el cielo, Eliseo recordó la misma escena ocurrida el fatídico día del entierro: él, a su lado, la había escuchado entre sollozos prometerle a su hermano que siempre lo visitaría y se sentaría frente a él. Había dicho que al abrazar sus rodillas lo estaría acercando a su alma y al mirar al cielo le estaría suplicando que viniera por ella. Recordó que, sumergido en su propia tristeza, había deseado que viniera también por él.

Habían pasado muchos años. Desde lejos, la expresión dulce del

rostro de ella, como un desafío a la memoria, había desatado, de manera irremediable, el nudo que lo separaba de los sentimientos guardados. ¿Cuál era el mensaje que la vida quería darle al enfrentarlo con la certeza de sentir que Ana existía y estaba más cerca de lo que había imaginado? ¿Qué pretendía el destino al lanzarle su presencia como un alud de posibilidades? ¿Por qué continuaba ella acelerando sus latidos? No tenía respuestas. Solo pudo sentir el deseo de volver a tenerla entre sus brazos. Todo a su alrededor se convirtió en esos ojos color miel que lo habían atravesado con su mirada interminable. Ana era todas las palabras no dichas; quizá, había llegado el momento de enfrentar todo aquello de lo que había huido.

Pasó un rato observándola. Le gustaba lo que veía, sus movimientos eran tan seguros como suaves, una combinación de sutileza con fuerza. No lograba reconocer demasiado de la joven que le había quitado el sueño y los suspiros de sus veinte años. Recordó que estaba loco por ella y una sensación atemporal de vértigo en el estómago se apoderó de él. Quería reaccionar, pero ahora tenía treinta y ocho años. Sin embargo, no podía escapar del sabor de aquella boca que se le instaló en los labios evocando una historia de su vida que reclamaba un final.

Cuando la vio ponerse de pie y partir, la necesidad de sentirla otra vez se apoderó de sus impulsos. Lo sorprendía el sentimiento que volver a verla había provocado en él. Intentó imaginar cómo habría sido su vida si se hubiera animado a jugarse por ella. No pudo. Las emociones le quitaban claridad al momento. Finalmente la dejó ir.

Cuando estuvo parado frente a la tumba de su amigo, sintió el perfume de ella en el aire. Era el mismo, imposible no reconocerlo. Nunca pudo saber si su memoria lo provocaba o si de verdad un halo de fragancia había quedado allí. *¿Qué está pasando, amigo?*, pensó evocando a Erik.

Permaneció allí, parado en silencio mientras el nombre de Ana escribía en su mirada el deseo de abrazarla y pedirle perdón. La lluvia se volvió intensa.

Salió del cementerio, subió a su auto y consiguió, gracias a sus contactos, el número del celular de ella. Dudaba, pero el deseo era más fuerte.

Ana había abandonado el cementerio sumida en la melancolía. No importaba el tiempo de ausencia de su hermano, lo extrañaba. Necesitaba su abrazo. Él había encontrado la muerte escalando una montaña y esa había sido su pasión, sin embargo, no era suficiente para que Ana aceptara los hechos. Se conformaba con saber que había sido feliz, pero le reclamaba a Dios que lo hubiera llevado tan joven. Ya no le pedía que viniera por ella al mirar el cielo, pero le imploraba que le diera señales de que estaba en paz.

Sintió sonar su celular, lo buscó en su bolso y miró la pantalla, pero no reconoció el número. Atendió.

—Hola —saludó.

—Hola, Ana. Necesito verte... —dijo él.

De inmediato, fue atrapada por esa voz. La hubiera reconocido en una multitud de sonidos. La había añorado toda su vida. Su corazón aceleró el ritmo de sus ansias y él, atravesó las barreras del tiempo para instalarse en el sabor de los besos que su boca recordó. Tuvo miedo. Casi tembló. La emoción gobernaba su ser y no fue capaz de razonar. ¿Acaso el pasado volvía a buscar lo que había quedado pendiente? ¿Necesitaba verla? ¿Qué quería? Era demasiado tarde para todo, lo sabía, pero no pudo evitar sentir la necesidad de escucharlo. De pronto, años de su historia comenzaron a transcurrir en instantes

por su mente, el presente se diluyó en ese momento de huida emocional en el que, sin moverse, corrió a sus brazos y sintió el calor de su pecho contra la mejilla mientras sus manos le apretaban la espalda. Rememoró el pasado justo cuando la juventud le arrebatava los sueños y confirmó que, por él, todavía vibraba su cuerpo y se agitaba su piel.

Todo a su alrededor se convirtió en las ganas de estar a su lado. Él era un latido distinto en su alma, siempre lo sería.

—¿Estás ahí? Soy...

—Sí, estoy. Siempre estuve y sé quién sos —respondió ella antes de que él pudiera concluir la frase.

Entonces todo volvió a comenzar.